

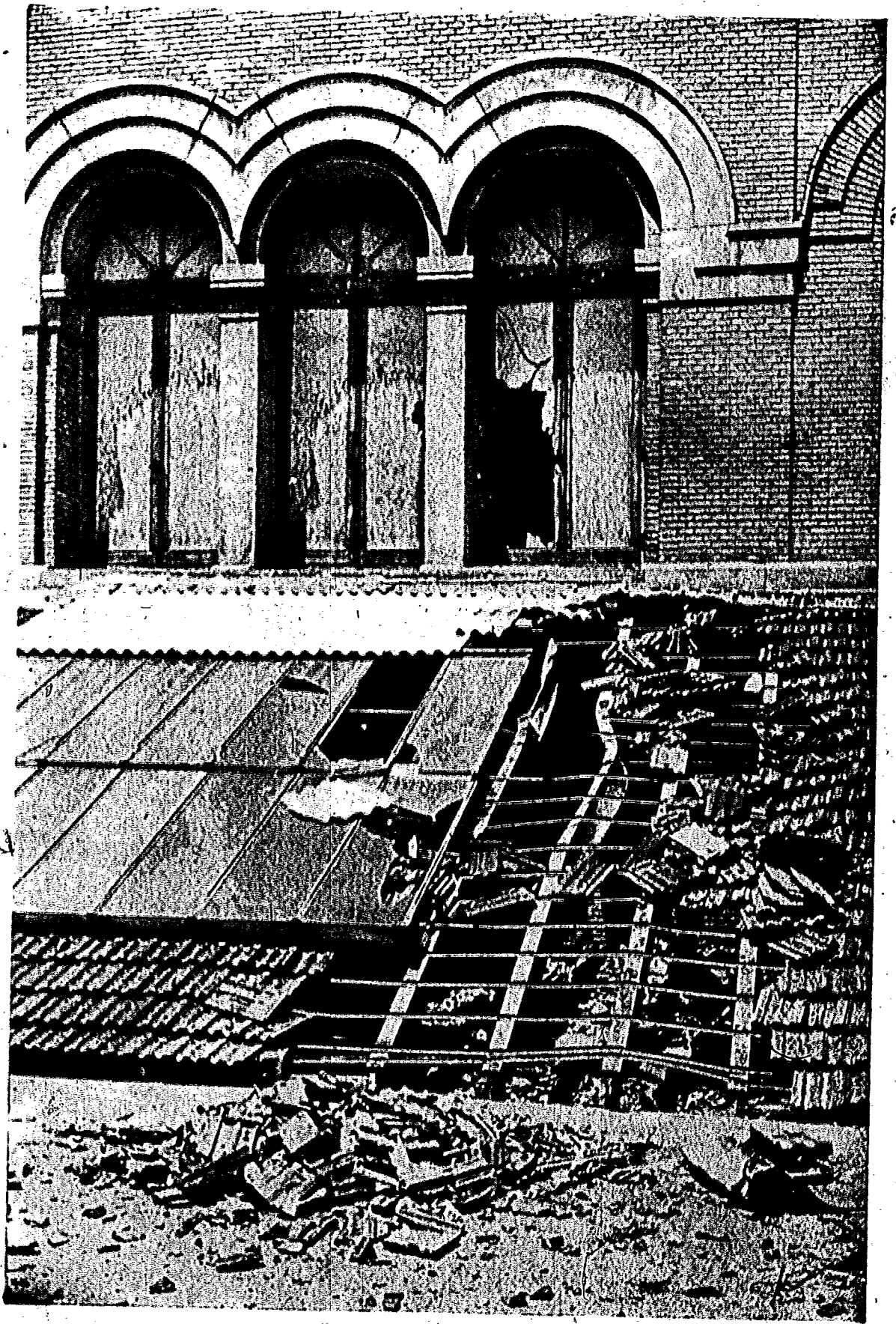


*LA*  
BIBLIOTECA NACIONAL  
*DE MADRID*  
BOMBARDEADA

**D**ESDE las primeras bombas arrojadas sobre Madrid por los aviones facciosos en agosto de 1936, las autoridades de la Biblioteca Nacional y de los Archivos y Museos reunidos en el mismo palacio que la Biblioteca ocupa en el Paseo de Recoletos, tomaron todas las medidas que las circunstancias permitían para la defensa de los valiosos materiales históricos y artísticos que en dichos centros se guardan.

A primeras horas de una noche de noviembre unos aviones enemigos, después de evolucionar sobre el centro de Madrid, iluminaron con bengalas el barrio en que la Biblioteca se encuentra y dejaron caer sobre ella numerosas bombas incendiarias. La forma y dimensiones del edificio y su disposición respecto al Paseo indicado, a la Plaza de Colón y a la Casa de la Moneda, harían sin duda que el aviador pudiera localizarlo e identificarlo con facilidad. Todas las bombas arrojadas cayeron, en efecto, sobre el palacio o en el jardín que lo rodea, dejando fuera de duda que habían sido dirigidas contra la Biblioteca como único y señalado objetivo.

Las frágiles cubiertas de cristal de algunas dependencias del edificio fueron fácilmente atravesadas por los proyectiles. Uno de éstos cayó en la sala llamada de Usoz, donde en armarios metálicos, defendidos por una barricada de sacos de arena, se guardaban los volúmenes correspondientes a las secciones de incunables y obras raras de la Biblioteca. Afortunadamente la bomba



chocó contra el muro de sacos; y la misma arena caída por la brecha que en ellos se abrió tuvo la virtud de interrumpir y ahogar la combustión del artefacto.

Entre los demás proyectiles que penetraron en el local uno ardió en la Sala de Bellas Artes; entre los mesones en que se guardan las estampas, dibujos y grabados de Rembrandt, Velázquez, Durero, Goya y tantos otros; otra bomba se quemó en la Sala de lectura del Archivo Histórico Nacional contra un armario, cuyas planchas de hierro resistieron el fuego sin dejarle alcanzar a los antiguos códices que el mueble encerraba, y otras, en fin, prendieron los zócalos de unas Salas del Museo de Arte Moderno y quemaron algunos marcos, cuyos lienzos habían sido oportunamente desmontados y guardados.

Ante el peligro de que los rebeldes insistieran en la destrucción de la Biblioteca el Gobierno dispuso que se trasladaran a lugar seguro las obras más notables y valiosas. Otras muchas fueron acomodadas de la mejor

